

GARCIA CABRERA, Juan Carlos. *Ofensas a Dios, pleitos e injurias: causas de idolatrías y hechicerías. Cajatambo, siglos XVII-XIX*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1994. 560 p. (Monumenta Idolátrica Andina, 1).

MILLS, Kenneth. *An evil lost to view? An investigation of post-evangelisation Andean religion in mid-colonial Peru*. Liverpool: University of Liverpool, Institute of Latin American Studies, 1994. 147 p. (Monograph Series, 18).

Por la persistencia tenaz de sus habitantes en las creencias y prácticas religiosas del tiempo precolombino, y también por la importancia económica de su producción ganadera y textil, el corregimiento de Cajatambo fue uno de los blancos preferidos en las campañas de “extirpación de idolatrías” que se realizaron en el virreinato peruano durante el siglo XVII. Los expedientes de idolatrías y hechicerías de Cajatambo, cuyos originales se conservan en el Archivo Arzobispal de Lima, han sido convenientemente reenfocados en estas dos nuevas publicaciones que reseñamos. La gruesa compilación documental de Juan Carlos García Cabrera (que reproduce la mayor parte de los expedientes sobre dicha provincia) sirve para demostrar que la persecución antiidolátrica surgió, en general, de un complejo juego de factores teológicos, políticos y socio-económicos, cuyas raíces deben buscarse tanto en el ámbito meramente local del arzobispado limeño como en las grandes estrategias diseñadas por la Iglesia católica a partir del concilio de Trento.

Procurando iluminar justamente el desarrollo de la espiritualidad indígena durante el proceso de cristianización, el Centro Bartolomé de las Casas ha lanzado la colección *Monumenta Idolátrica Andina* –iniciada con el volumen de García Cabrera– a fin de proporcionar textos inéditos y testimonios de valor sobre la religión andina colonial. Así se podrá comprender mejor el problema de las “extirpaciones de idolatrías”, que es uno de los más interesantes y más complicados de aquella época, por la multiplicidad de factores que estaban involucrados. Un enfoque integral de esta problemática deberá fijarse no sólo en las “perversiones” religiosas de los chamanes y los miembros de las comunidades nativas, sino también en el desempeño de los curas doctrineros, visitadores, vicarios y obispos, cuya frecuente (y bien conocida) corruptela fue muchas veces la causa de que los indios quedaran en un escaso o tergiversado conocimiento de la doctrina cristiana.

Juan Carlos García, historiador curtido en el trabajo de archivos, advierte que muchas de las causas de idolatrías y hechicerías están hoy incompletas, y otras simplemente se han perdido, debido a lo cual la idea que podemos hacernos de la actividad represora de la Iglesia es bastante aproximativa (p. 12). Teniendo en cuenta esta dificultad, el compilador de los documentos relativos a Cajatambo ha optado por transcribir íntegramente los legajos, evitando así cualquier arbitrariedad en la selección de fragmentos.

La parte nuclear de *Ofensas a Dios, pleitos e injurias* comprende las actas de visitas de idolatrías y pleitos criminales por acusaciones de brujería, hechicería y blasfemias correspondientes a las doctrinas de indios de Cajatambo, Cochamarca, Churín, Andajes, Gorgor, Ocos y Ambar, en un amplio marco cronológico que va de 1624 hasta 1807. La documentación referente al pueblo de Santo Domingo de Ocos, en el repartimiento de Lampas, es la más extensa de este conjunto. Además, se ha tenido el acierto de incluir tres expedientes de la causa secreta contra los primeros “visitadores de la idolatría”. Se trata de un interesantísimo testimonio que recoge las averiguaciones efectuadas (desde 1622) en torno a la conducta de personajes tan célebres como Francisco de Avila, Fernando de Avendaño y Rodrigo Hernández Príncipe, tres de los clérigos que han dejado más abundante y jugosa información sobre los ritos y tradiciones indígenas.

Sin entrar en una discusión con Pierre Duviols, Lorenzo Huertas Vallejos, Mary Doyle, Sabine MacCormack y los demás estudiosos que han abordado la religiosidad autóctona de Cajatambo, García Cabrera prefiere destinar sus páginas de introducción a un examen del origen y desarrollo de las campañas eclesiásticas de represión. El autor defiende la hipótesis de un proyecto evangelizador de gran envergadura, una especie de teocracia católica, que se habría montado en los Andes a lo largo del período colonial. Desde esta perspectiva, sugiere que las persecuciones antiidolátricas habrían servido como “el aparato ortopédico de la evangelización”, buscando corregir las deficiencias del sistema (p. 66).

La obra de Kenneth Mills, historiador de origen canadiense, graduado en Oxford y actualmente profesor en la Universidad de Princeton, es en realidad un largo ensayo basado en la serie de documentos etnográficos sobre Cajatambo que Pierre Duviols editó en el volumen *Cultura andina y represión* (1986). De manera concreta, el libro analiza la investigación efectuada por el bachiller Bernardo de Novoa, uno de los curas “visitadores de la idolatría”, durante los años 1656-57 en el pueblo de San Pedro de Acas, del

repartimiento de Lampas. Con esto se suma a la copiosa lista de publicaciones y tesis académicas que en los últimos decenios han puesto su atención sobre los valiosos datos recogidos en la investigación del bachiller Novoa entre las comunidades quechuahablantes de la sierra central.

Lo original en el planteamiento de Mills consiste en visualizar la religión andina colonial –y su carácter híbrido, mezclado, sincrético– a través de las fiestas comunales de San Pedro de Acas. Porque era en el tiempo de las festividades, cuando los pobladores renovaban sus sentimientos religiosos por medio de ofrendas, abstinencias y purificaciones, que la comunidad se hallaba más receptiva al mensaje de los dirigentes espirituales autóctonos, llamados “dogmatizadores” en la terminología católica. Una mirada a las fiestas tradicionales de la *vecosina*, la *pocoimita* y la *caruamita*, que empezaban con el ofrecimiento de cuyes, llamas, chicha y coca a las huacas o divinidades del lugar, demuestra la riqueza de las actitudes religiosas en los Andes durante el siglo XVII: había una evidente similitud, pero también una consciente diferenciación, entre aquellos rituales indígenas de purificación y el sacramento de la penitencia (p. 87).

Es un hecho indiscutible que la espiritualidad de los pobladores nativos, influida por el contacto con el Evangelio, estaba atravesando un agudo proceso de cambio. Según remarca Mills, esta transformación no era necesariamente conflictiva, ni se movía inexorablemente en una sola dirección (no conducía, por tanto, a la “cristalización” evangélica que han propuesto algunos observadores). Nuevas experiencias y nuevos conceptos religiosos estaban siendo integrados, en variable medida, al esquema mítico andino.

La acción de los “extirpadores de idolatrías” estuvo dirigida principalmente contra los maestros de los rituales tradicionales, que mantenían a los comuneros apartados de Dios y de la vida cristiana, y eran tenidos por personajes de inspiración demoníaca. En contestación a las campañas represivas, los sacerdotes andinos asumieron una postura crítica, de ataque, desarrollando una pedagogía alternativa a las enseñanzas de doctrina y moral que brindaban los curas. Fueron esos “brujos y hechiceros” quienes incentivaron la vigencia de una doble codificación moral –haciendo distinción entre las trasgresiones de la costumbre indígena y los pecados de los sermones antiidolátricos para atacar la propia fe evangélica. Así, la categorización de *ídolos* aplicada contra huacas y malquis (momias de los antepasados) fue reasumida con sentido igualmente negativo para descalificar las imágenes de los santos (p. 108).

Pero los especialistas religiosos del mundo andino formaban sólo una restringida minoría dentro de las comunidades. Lejos de su radical desafío al cristianismo, los hombres y mujeres particulares de la colectividad quechua mantenían una actitud espiritual más indecisa y más abierta; se movían constantemente entre las dos formas de explicación y expresión religiosa (una autóctona y otra importada) que tenían a disposición.

Es sobre la religiosidad de tal conjunto mayoritario de la población andina que desea situar el acento esta nueva aproximación a los ritos indígenas de Cajatambo. En última instancia, arguye Kenneth Mills, tanto los “dogmatizadores” nativos como los doctrineros y visitantes del lado español se hallaban en combate frente a un sutil enemigo común: la religión andina colonial, una compleja estructura de prácticas y creencias, surgida de los rezagos de la cosmovisión tradicional y de la nueva cristiandad indígena. En los Andes centrales del siglo XVII había, pues, un conglomerado de explicaciones religiosas en proceso de transformación, sin que fueran perceptibles líneas estrictas de división entre cambio religioso y supervivencia cultural. Hubo incluso –anota el profesor de Princeton– una especie de supervivencia a través del cambio.

Si bien las tareas de cristianización no condujeron forzosamente a una neta imposición del Evangelio, la idolatría penetró al nivel de las mentalidades como el argumento denigratorio por excelencia dentro de la sociedad virreinal. Se recurría a truculentas figuras idolátricas para descalificar al enemigo en conflictos de poder, venganzas amorosas o simples altercados vecinales; éste fue un artilugio que utilizaron por igual curas, visitantes, burócratas, empresarios y los propios indios, en ocasiones (como se ha dicho) inclusive contra la Iglesia. Los documentos editados en el volumen inaugural de la *Monumenta Idolátrica Andina* reflejan ese ambiente colonial de intrigas, maquinaciones y sospecha. De los interrogatorios y el curso –casi siempre accidentado– de los procesos se infiere que había una tupida red de intereses socio-económicos en torno al ámbito rural y una estrecha relación entre la política criolla limeña y los personajes involucrados en las campañas de “extirpación”.

Teodoro Hampe Martínez
Pontificia Universidad Católica del Perú